



REVISIÓN CRÍTICA

De Saint Pierre, C.

La fabricación plural de la ciudad: decisores y ciudadanos en Cergy-Pontoise 1990-2000.

Buenos Aires: Antropofagia, 2014, 376 pp.

Imanol Zubero*

* Universidad del País Vasco
imanol.zubero@ehu.eus

El fenómeno de las denominadas “ciudades nuevas” (*new towns, villes nouvelles, cidades novas*) tiene como precedente el modelo de la “ciudad-jardín” de Ebenezer Howard. Se trata de proyectos de urbanismo total, creados prácticamente *ex nihilo*, que buscan intervenir no sólo sobre la dimensión *urbs* (el espacio construido) de la ciudad sino también, y sobre todo, sobre sus dimensiones *polis* (político-administrativa) y *civitas* (la realidad social constituida por las y los habitantes de la ciudad). Imbuidas del espíritu progresista y reformador característico de las sociedades democráticas europeas de la segunda postguerra mundial, estos proyectos fueron impulsados por los gobiernos británico, primero, y francés, después, con el objetivo de definir emplazamientos en los que conseguir un desarrollo residencial más humanizado que facilitara no sólo la vida material, sino también la realización personal de sus habitantes.

Desde esta perspectiva, se trata del intento de construir, desde el liderazgo del Estado, contando con la orientación del mejor conocimiento y de la mejor tecnología y buscando la participación y el compromiso de la ciudadanía, estructuras urbanas completas donde las clases trabajadoras y medias pudieran encontrar el mejor entorno para vivir. En este sentido, llama la atención que en su colosal historia de la postguerra europea un socialdemócrata militante y atento como Tony Judt desconozca totalmente el fenómeno de las *new towns* y reduzca el urbanismo característico del “momento socialdemócrata” al denominado “Nuevo Brutalismo”, un remedo hipermodernista de la planificación urbana soviética (*Postguerra*, Taurus, Madrid 2006, pp. 563-568). El fenómeno de las ciudades nuevas, truncado en buena medida como consecuencia de las crisis económica y política de los Setenta y los Ochenta, nos permite



acercarnos a un tiempo en el que otra ciudad parecía ser posible: concebida desde su valor de uso y no desde el valor de cambio; planificada desde proyectos políticos con fuerte contenido cívico y no abandonada a la burbujeante lógica del mercado; pensada *con* y no sólo *para* sus habitantes.

El libro de Caroline de Saint Pierre nos hace participar del inusitado y fascinante proceso de “fabricación” de una de estas ciudades nuevas: Cergy-Pontoise, en la periferia de París. A lo largo de una década, entre los años 1990 y 2000, la autora ha analizado, mejor diríamos ha acompañado, la vida de una ciudad proyectada, junto con otras, a mediados de los años Sesenta, a la luz de un poderoso “*relato fundador*” construido sobre la base de un diagnóstico catastrofista de la evolución sociodemográfica de la región parisina: abandonada a sus propias dinámicas, sólo cabía esperar un crecimiento desordenado que la convertiría en un “*tumor maligno*”. Desde esta perspectiva, las *villes nouvelles* se conciben no sólo como alternativa a la expansión incontrolada de la capital, sino también como alternativa a la *banlieu*, al suburbio. Se trata de no volver a caer en el error de pretender gestionar el imparable y deseable proceso de urbanización de la sociedad francesa agrupando a las y los migrantes, tanto interiores como extranjeros, en atestadas ciudades-dormitorio (*grands ensembles*), espacios inhóspitos y en última instancia disfuncionales desde la perspectiva del desarrollo de una vida urbana digna de tal nombre.

Aunque son muchos los análisis que proponen una relación compleja entre ambos proyectos de planificación pública (ver, por ejemplo: Annie Fourcaut, “Les grands ensembles ont-ils été conçus comme des villes nouvelles?”, *Histoire urbaine* 17, 2006: 7-25), con evidentes diferencias pero también con ciertas continuidades, lo cierto es que la ciudad nueva se legitima esencialmente en la medida en que aspira a ser, y lo logra, un anti-suburbio. En el proyecto originario “*se oponía el oxígeno de las Ciudades Nuevas a la asfixia de París y de sus suburbios*”. Por ello, no sólo debía ser distinta la estética de estas ciudades (con amplias zonas verdes, espacios de uso colectivo, tejido urbano poco denso, edificaciones de estilos diversos confiadas a arquitectos muy distintos, etc.) sino también la mezcla de usos, donde se pueda descansar y vivir el espacio familiar, pero también trabajar y divertirse (en la línea de las propuestas de Jane Jacobs).

Sobre todo al principio, muchos de los habitantes de estas nuevas ciudades eran militantes de diferentes formaciones de izquierda, apasionadamente comprometidos con la tarea de ser protagonistas activos en la



construcción de su marco de vida. Como señala la autora: *“El contexto de un espacio donde todo estaba por hacerse parecía prestarse particularmente bien a la puesta en marcha de nuevas prácticas, incluidas las relaciones de vecindad”*. Surgió así un *“clima de convivencia”* coherente con el propósito misional de recuperar en la ciudad *“una sociabilidad de tipo comunitario fundada en la proximidad espacial”*. La iniciativa ciudadana se veía alentada por los planificadores mediante la creación de Talleres comunitarios en los que se proponía a los nuevos pobladores *“transformar su ciudad según sus deseos”*. Por ello, lejos de cualquier planificación cerrada o normalizadora se consideraba fundamental que los habitantes de la ciudad nueva pudieran elegir entre un hábitat colectivo o individual, entre un barrio tranquilo o uno *“animado”*, entre distintas vías de acceso a la propiedad de la vivienda... La primera parte del libro de Caroline de Saint Pierre expone con profusión de datos los orígenes y evolución de este proyecto urbano: nos introduce en el mismo, nos ayuda a mirarlo con los ojos de los gestores políticos, de los planificadores, los arquitectos y los habitantes. En sí misma, esta primera parte del libro resulta de enorme interés.

Pero el verdadero propósito del libro es describir y analizar el encuentro ineludible entre el proyecto y la lógica de los planificadores con las lógicas y los proyectos de las personas que van habitando la ciudad. Robert Park, en su artículo *“La ciudad, fenómeno natural”*, presenta la ciudad como *“una unidad funcional en la cual las relaciones entre los individuos que la integran están determinadas no sólo por las condiciones impuestas por la estructura material de la ciudad ni siquiera por las regulaciones formales de un gobierno local, sino más bien por las interacciones, directas o indirectas, que los individuos mantienen los unos con los otros”* (*La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*, Ediciones del Serbal, Barcelona 1999, p. 141). Es el análisis este complejo juego de interacciones entre los habitantes de Cergy-Pontouse el que constituye el grueso del libro.

Conversando con vecinas y vecinos de la ciudad, especialmente jóvenes, y observando sus prácticas sobre el terreno, el espacio planificado y construido se ve convertido en un espacio pensado y vivido por sus habitantes, con traducciones y apropiaciones diversas, en ocasiones muy alejadas del propósito original. Y así, ocurre, por ejemplo, que aunque *“Cergy como las otras Ciudades Nuevas ha sido construida en oposición al principio funcionalista de los grandes conjuntos, la observación muestra en los hechos que la separación de las funciones continua prevaleciendo”*. La



exposición atenta de estas interacciones compone la segunda y tercera partes del libro.

A pesar de que, como ya se ha dicho, la investigación de Caroline de Saint Pierre se haya realizado en una época muy alejada del momento carismático de inicio de la nueva ciudad de Cergy-Pontoise, en un escenario por tanto de rutinización del proyecto original (¿cómo mantener juntas la *“asociación Ciudad Nueva/progreso”* y continuar así diferenciándose de los grandes conjuntos cuando hay pobreza y disfuncionalidades sociales evidentes?, se pregunta la autora), resulta sorprendente comprobar que, pese a todo, sigue siendo posible identificar los rasgos esenciales de aquella ciudad nueva planificada y por estrenar en los años Setenta, en la ya no tan nueva, usada pero por eso mismo reapropiada ciudad de finales del siglo XX: *“Estos jóvenes se han apropiado del concepto de Ciudad Nueva, al cual ellos no dan un sentido de entidad territorial y administrativa, sino ideológica. Así, ¿no retoman por su cuenta, adaptándolo, lo que era uno de los elementos constitutivos al comienzo de lo que algunos llamaban la «mística» de la Ciudad Nueva, según la cual cambiando la ciudad se cambiaría la vida? Ellos le confieren a la Ciudad Nueva el poder de tener un efecto sobre las perspectivas de su vida individual”*.

Hay que agradecer la publicación en castellano de la obra de Caroline de Saint Pierre, traducida por Miguel Espejo. Y animar a su lectura no sólo a quienes tengan interés en la sociología urbana, sino también a todas aquellas personas que, en el campo de las ciencias sociales en su sentido más laxo (sociología, ciencia política, antropología...) deseen tener la experiencia de asistir a un fascinante experimento de construcción social de la realidad urbana.